

La contemplación de la Pasión en Teresa de Jesús y el Siglo de Oro de la espiritualidad en la Monarquía Hispánica

Pasioaren kontenplazioa Teresa Jesusenarengan eta espiritualtasunaren urrezko mendea Monarkia Hispanikoan

The contemplation of passion in Teresa of Jesús and the Golden Age of spirituality in Hispanic Monarchy

Javier Burrieza Sánchez

Universidad de Valladolid

javier.burrieza@uva.es / javierburrieza@movistar.es

<https://orcid.org/0000-0002-4311-5831>

Recibido / Noiz jaso den: 18/02/2022

Aceptado / Noiz onartu den: 24/03/2022

Resumen

Cuando abordamos la historia de la elaboración de los pasos procesionales de las cofradías penitenciales de Semana Santa o nos enfrentamos al comentario histórico de una obra referida a la Pasión y Resurrección de Cristo, debemos tener en cuenta el sustrato ideológico y espiritual que existe detrás de estas obras. Sin embargo, el Siglo de Oro de la espiritualidad en la Monarquía de España tendrá mucho que ver con los ámbitos conventuales y con las reformas religiosas que dentro de las órdenes se van a efectuar. Un protagonismo esencial lo va a desarrollar la madre Teresa de Jesús, canonizada en 1622 hace cuatrocientos años. En este artículo, desde sus primeros ámbitos fundacionales de las tierras de Valladolid y con el conjunto de sus obras, bien estudiadas y editadas actualmente, nos vamos a fijar en la relación existente entre la contemplación de la Pasión de Cristo y la propia Teresa de Jesús. Sus obras servirán más que de inspiración, de guía a tantos que plasmarán la meditación en lo físico, en lo material y no solamente en lo mental.

Palabras clave

Teresa de Jesús; Órdenes Religiosas; Conventos y Monasterios; Carmelitas descalzas; espiritualidad de la Pasión; Semana Santa; Cofradías Penitenciales; Pasos Procesionales.

Sumario

1. CONTEXTO CONVENTUAL Y ESPIRITUALIDAD FEMENINA. 2. TERESA DE JESÚS EN CONTEMPLACIÓN DE LA PASIÓN. 3. CONCLUSIÓN: EN LA RESURRECCIÓN, EL ENCUENTRO. BIBLIOGRAFÍA

Laburpena. Aste Santuko penitentzia-kofradien prozesioko pausoen lanketaren historiari heltzen diogunean edo Kristoren Pasioari eta Berpizkundeari buruzko obra baten iruzkin historikoa egin behar dugunean, obra horien atzean dagoen oinarri ideologikoa eta espirituala hartu behar dugu kontuan. Hala ere, Espainiako Monarkiako espiritualtasunaren Urrezko Mendek zerikusi handia izanen du komentu-esparruekin eta ordenetan eginen diren erlijio-erreformekin. Teresa Jesusenak, 1622an kanonizatuak (duela laurehun urte), funtsezko protagonismoa izanen du. Artikulu honetan, Kristoren Pasioaren kontentplazioaren eta Teresa Jesusenaren beraren arteko harremanari erreparatuko diogu, Valladolideko lehen fundazio esparruetatik eta bere lan guztiekin, zeinak gaur egun ongi aztertuak eta argitaratuak dauden. Teresa Jesusenaren lanak inspirazio baino gehiago gidari izanen dira hainbatentzat, halako moldez non arlo fisikoan eta materialean islatuko duten meditazioa, eta ez soilik arlo mentalean.

Gako hitzak. Teresa Jesusena; Erlijio-ordena; Komentuak eta monasterioak; Karmeldar oinutsak; Pasioaren espiritualtasuna; Aste Santua; Penitentzia-kofradiak; Prozesioko pausoak.

Abstract. When we approach the history which deals with the elaboration of the processional steps of the penitential brotherhoods of Holy Week or we face the historical commentary of a work referring to the Passion and Resurrection of Christ, we must consider the ideological and spiritual substratum existing behind these plays. However, the Golden Age of spirituality in Hispanic Monarchy will be closely related to the conventual areas as well as the religious reforms carried out inside the orders. An essential role will be developed by Mother Teresa of Jesus, canonized in 1622, four hundred years ago. In this article, we are going to focus on the relationship between the contemplation of the Passion of Christ and Teresa of Jesus herself, specifically from her first founding areas in Valladolid lands and in the set of her works, well studied and currently edited. Her works served more than inspiration as a guide for many people who shaped meditation not only mentally but also physically and materially.

Keywords. Teresa of Jesus; Religious Orders; Convents and Monasteries; Discalced Carmelites; Passion spirituality; Holy Week; Penitential Brotherhoods; Processional Steps.

En 1567, la madre Teresa de Jesús comenzaba un nuevo periodo fundacional después de la consolidación de su primer convento en Ávila bajo la singular advocación de San José. El destino de esta fundación era la populosa villa de las ferias, Medina del Campo. Facilitaron su llegada los padres de la Compañía de Jesús, que habían fundado en aquella localidad, en 1551, su colegio de San Pedro y San Pablo¹. El proceso no fue fácil, como solía ocurrir con conventos descalzos en los cuales las monjas, en este caso, se convertían en competencia para posibles obras pías y limosnas, otorgados por los muchos que gustaban de realizar estas mercedes e invertir en cuestiones espirituales, volcadas en la propia salvación del alma, negocio que siempre había que considerar y nunca tenía que ser olvidado. Medina del Campo era «centro financiero medular de Castilla», sede de las ferias más importantes de la Corona, una «ciudad activa, cosmopolita y bullanguera», a pesar de anunciarse el comienzo de su crisis². La entrada, por sorpresa de la ma-

¹ Burrieza, 2007, pp. 125-146.

² Marcos, 1978.

dre Teresa y sus monjas –acompañada del capellán Julián de Ávila³– se produjo en la festiva jornada del 15 de agosto. Desde esta fundación que fue considerada como «milagrosa» por fray Tomás de Jesús en la segunda Vida de la madre Teresa⁴, se iniciaba una fase intensa de fundaciones, en la que habría de llegar en 1568 la propia de Valladolid, de la mano de la familia Mendoza: estamos hablando del hermano de María de Mendoza, viuda ya del todopoderoso secretario que había sido del Emperador, Francisco de los Cobos.

Desde el ámbito levítico, multiplicado por las reformas observantes y descalzas de las órdenes religiosas, vamos a centrarnos en el modo de contemplación y percepción de la madre Teresa hacia la espiritualidad de la Pasión, guía esencial para convertir en material lo que se meditaba y se reconstruía en la imaginación espiritual, tan consumida en aquellos momentos del Siglo de Oro de la espiritualidad, en la Monarquía Hispánica, patrocinadora de estas reformas de las órdenes religiosas.

1. Contexto conventual y espiritualidad femenina

Los monasterios y conventos, definidores de ciudades levíticas, vivían con intensidad la espiritualidad de la Pasión de Cristo, como ocurría en aquella sociedad sacralizada que veía reforzar su disciplinamiento social, político y religioso, con la aplicación de las disposiciones del Concilio de Trento. Esta reunión, tras tres sesiones, era clausurada en 1563, en vísperas de la elaboración definitiva del *Libro de la Vida* y de *Camino de Perfección* de la mano de la madre Teresa de Jesús, en el tiempo previo a la mencionada fundación de Medina del Campo.

³ Ávila, 2013.

⁴ «Fue esta fundación milagrosa, que así se lo dijo nuestro Señor a la Santa en el monasterio de Malagón –escribe fray Tomás de Jesús en la segunda biografía de la madre Teresa en 1606–, y verdaderamente fue así, porque milagrosa fue y grande la prudencia que la Santa tuvo para acabar en un día lo que grandes hombres no acabaran en muchos. Milagrosa la firmeza de su fe, a la cual no entibiaron los dichos de sus amigos ni la persuasión del obispo, ni las murmuraciones de los enemigos, ni las malas nuevas del camino, ni las dificultades y trabajos de la fundación. Milagrosa fue la grandeza de su ánimo, que tan gran cosa emprendió y la llevó tan adelante, teniéndola acabada, cuando otro no hubiera comenzado a pensar cómo se había de hacer. Milagrosa cosa es, en tres horas o menos, de una casa caída hacer un monasterio, en una villa tan grande y de tanta gente, sin saberlo la misma villa hasta verlo hecho. Dejó el trabajo del camino, sin tomar reposo, ayudando y comiendo mal y llegando a media noche y, cuando había de descansar algún tramo del camino, cargarse de ropa una mujer enferma, de cincuenta y tres años, no acordándose de comer ni dormir, sino embebida toda en buscar la gloria de Dios, y en acabar lo que había comenzado, no se embarazando con tantas cosas que había de hacer. No sé yo qué cosa de mayor maravilla, ni más digna de eterna gloria y excelencia que este hecho de la Santa», en Sánchez Dávila y Yepes, 2015, pp. 294-295.

Los monasterios y conventos de frailes favorecieron el nacimiento de cofradías penitenciales y el desarrollo de su espiritualidad y devociones. Los femeninos, los de monjas, veían reflejada en su vida cuaresmal y de Semana Santa, incluso en la de todo el año, aquellas procesiones que se desarrollaban por las calles, hasta el punto de contar con reproducciones en pequeño tamaño de los pasos procesionales o de plasmar en lienzos las iconografías que los escultores habían creado por encargo de las cofradías. Se convertían en la calle en escenas teatrales de lo narrado por los Evangelios. De esta manera, se podía vivir una procesión permanente de Pasión dentro de la clausura. La espiritualidad de estas casas estaba repleta, de manera intensa, de los episodios de la muerte y resurrección de Cristo, más de los primeros que de los segundos, pretendiendo ellas padecer los sufrimientos que el Salvador había vivido por otorgarles a estas monjas y al conjunto de la humanidad la dimensión auténtica de la vida, que es la salvación. Por eso, es menester leer en los espacios conventuales, en la utilidad de su construcción y disposición, los misterios que se desarrollan en la Semana Santa. Primero, se puede analizar la importancia que esta población clerical, especialmente el clero regular femenino, contaba en el conjunto de la sociedad moderna. Podemos recorrer algunas prácticas de Pasión dentro de la vida conventual, algunas originadas desde el siglo XVI y revividas en los tiempos actuales. Habremos de describir algunos de los espacios de los monasterios, dispuestos a partir de los misterios de la Pasión y configurados desde una utilidad de servicio hacia la liturgia o las devociones: imágenes, altares, capillas o retablos.

La proporción de religiosos en la España moderna, aquella que fundó un número más que destacable de conventos y monasterios, era minoritaria cuantitativamente, siendo su importancia cualitativa mucho más notable. Su estado de vida clerical era contemplado como ideal, por encima del matrimonio, para alcanzar la perfección y, por tanto, la salvación. La propia Teresa de Jesús, que había nacido en una familia atípica, plagada de ternura y cercanía en la relación entre padres e hijos, insistía en lo beneficioso de la vida que ellas desarrollaban en los claustros. En ambos estados, era cuestión de obediencias. «El clero es el personaje colectivo más imprescindible e influyente de la vida corriente –indica Teófanos Egido– y entre ellos, el regular, era el más activo, por los amplios recursos que poseía a su alcance»⁵. Por algo, el viajero Bartolomé Joly escribió sobre la consideración social de los regulares en esta Castilla: «En todo este país, los frailes están en su elemento [...] se les llama padres, son honrados, respetados, bien vistos y recibidos por todos y en todos los lugares»⁶. Desde esta premisa se explican las palabras del cronista portugués Tomé Pinheiro da Veiga: «No dejaré

⁵ Egido, 1984, pp. 165-169.

⁶ El texto de Bartolomé Joly lo podemos leer en García Mercadal (ed.), 1999, pp. 687-759.

de decir que hay infinitos religiosos muy santos, y son todos, pues el peor de ellos es mejor que el seglar más perfecto»⁷.

En los siglos de la modernidad, era más numeroso el clero regular masculino que el femenino, proceso que se va a invertir a partir del siglo XIX con las exclaustaciones y desamortizaciones. La presencia social de los primeros les otorgaba una mayor utilidad y protección desde las instituciones de una sociedad sacralizada. Los conventos de monjas, en el siglo XVII, se encontraban notablemente saturados, sin que faltasen las dificultades económicas. No existía una percepción positiva de la mujer en el campo de la espiritualidad, a pesar de ser una pieza esencial en la religiosidad del Barroco⁸. Éstas, las mujeres, se hallaban presentes alrededor de los púlpitos, estaban menesterosas de una dirección espiritual, contaban con una atención en los devocionarios o en los catecismos⁹, sin estar tampoco ausentes de la literatura ascética cuando se trataba de retratar la cotidianidad de la perfecta casada, la monja mortificada o instruida¹⁰. La dependencia que existía con respecto al mundo espiritual masculino se veía confirmada por las palabras de Teresa de Jesús, en su *Libro de la Vida*, aunque hay autores que encontraban en ellas toda una estrategia de invectiva posterior contra los varones: «verdad es que yo soy más flaca y ruin que todos los nacidos»¹¹.

La espiritualidad femenina podía ser ritualista o bien escoger la vía del recogimiento. La primera se encontraba organizada por un confesor y por el éxito de los *Ejercicios Espirituales*. A través de este método jesuítico, se impulsaba la realización del llamado examen de conciencia, desde el cual examinar las faltas y pecados cometidos y comenzar el camino de la conversión¹². En aquel ritualismo, en la vida piadosa, no se hallaba ausente la excitación emocional tan propia de la sociedad del Barroco. El segundo camino era el del recogimiento, caracterizado por la ascética, por la renuncia y privación de todo lo mundano, orientado también hacia los necesitados y menesterosos. Estas obras de caridad facilitaban las

⁷ Pinheiro da Veiga, 1989.

⁸ Sánchez Lora, 1988; Burrieza, 2002.

⁹ Pedro de Calatayud, *Methodo practico y doctrinal, dispuesto en forma de Cathecismo por preguntas y respuestas, para la Instrucción de las Religiosas en las obligaciones de su Estado, y en el camino de perfeccion, y para que sus Confessores puedan con mas expedición, practica y alivio entender, y gobernar sus conciencias*. Valladolid, imprenta de la Congregación de la Buena Muerte, 1749; Juan de Villafañe, *Idea de perfección, propuesta al mundo para su imitación y desengaño, en el exemplar de la prodigiosa vida, virtudes y milagros de la venerable Petronila de San Lorenzo, religiosa agustina recoleta del convento de Nuestra Señora de la Expectación de la ciudad de Palencia*, Valladolid, imprenta de Francisco García Onorato y San Miguel, 1721.

¹⁰ Fray Antonio de Arbiol, *La religiosa instruida para todas las operaciones de su vida regular, desde que recibe el hábito santo hasta la hora de su muerte*, Madrid, 1791 (1.^a ed. 1717).

¹¹ Teresa de Jesús, *Vida* 7, 22, 2000, p. 43.

¹² Burrieza, 2005, pp. 85-116.



Figura 1: Retrato de Teresa de Jesús. Copia vallsioletana del original de fray Juan de la Miseria.

conversiones espectaculares, que tanto gustaban. Las atenciones a los necesitados eran soportadas económicamente por fundaciones de objetivos espirituales y base material que se hallaban relacionadas con las inversiones del más allá. Como indicaba Bartolomé Bennassar, la España de la segunda mitad del siglo XVI era un país de santos y «jugaban» a ello, como había ocurrido en la primera centuria con el conquistador o en otros territorios con el hombre de negocios¹³.

¹³ Bennassar, 2001, pp. 145-171.

Cada vez, los historiadores conocemos mejor la trayectoria de los conventos de monjas, aunque sus estudios han sido más tardíos y menos abundantes¹⁴. Sí podemos adelantar que la población de estos era más heterogénea de lo que podemos imaginar, pues, junto a las monjas tal y como las conocemos hoy, vivían doncellas que esperaban un estado de vida –el claustro o bien un matrimonio adecuado–, niñas huérfanas, mujeres casadas que estuviesen esperando a un marido ausente; viudas, mujeres secuestradas judicialmente, además de los monasterios especializados con presencia de miembros de la familia real¹⁵. La entrada en el claustro formaba parte de una de las soluciones más habituales para el futuro de una mujer en una sociedad sacralizada como era aquella. Para casarse, también habría que entregar una dote, aunque esta era más abultada que la conventual.

Una monja contaba con una posición social más elevada que la de una mujer soltera e independiente. El convento podía convertirse en una vía de escape ante la presión del hogar paterno. Francisco Pons lo dejaba muy claro cuando caracterizaba los beaterios valencianos¹⁶: «Algunas quieren cambiar de vida y la religión les ofrece otras alternativas; vías donde dar salida a sus frustraciones, sublimar una vida matrimonial poco compensadora o, simplemente, desarrollar de manera más singular sus apetencias espirituales». Desde los beaterios, algunas mujeres van a conseguir un notable papel de influencia social, pues en ellos no se hallaban sujetos a ningún hombre o superior, ni a ninguna regla o modo de vida específico aprobado por las autoridades canónicas¹⁷. La mujer sin estado, fuera del claustro y del matrimonio, presa de unos deseos de independencia, podía ser objeto de murmuración y rechazo.

El prestigio otorgado al estado religioso intensificaba la abundancia de inquietudes vocacionales, aunque naturalmente existía sinceridad en unas ocasiones e ilusión en otras. Tras la celebración del Concilio de Trento, se produjo un reforzamiento de la clausura en el mundo conventual femenino¹⁸. Un proceso que había comenzado décadas atrás, dentro de una trayectoria de reforma católica. En ese ámbito de rigores, penitencias y mortificaciones propias de la imagen barroca conventual, no se podían obviar experiencias a partir de revelaciones, visiones, acontecimientos milagrosos, a la par de toda suerte de prodigios espirituales. Esa espiritualidad estaba profundamente relacionada con el impulso otorgado a todo lo místico

¹⁴ García Oro, 1982, pp. 331-350; Sánchez Hernández, 1992 y 2004; Morand, 2004, pp. 45-64; Atienza, 2008; Arias Martínez, Hernández Redondo, Sánchez del Barrio, 1999.

¹⁵ Sánchez Hernández, 1997.

¹⁶ Pons, 2008, pp. 187-274.

¹⁷ Una de estas mujeres era Luisa de Carvajal a principios del siglo XVII, vinculada con la llamada misión de Inglaterra: Carvajal y Mendoza, 1965; Abad, 1966; Burrieza, 2002; Cruz, 1994, pp. 97-104; Redworth, 2008.

¹⁸ Trento, *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*, pp. 358-382.

y ascético. Experiencias que eran popularizadas en tantos escritos hagiográficos y autobiográficos que escribían estas monjas por indicación de sus confesores o directores espirituales. Por eso, las mujeres espirituales –y no únicamente las que habían profesado en un claustro– se convirtieron en el siglo XVII en importantes escritoras, según comenzó plasmando en sus estudios –y le siguieron otros muchos– el profesor Serrano Sanz¹⁹. Quizás en el Carmelo se agudizaron estos comportamientos con las letras tomando el modelo de la propia madre Teresa. No faltaba la religiosidad trasgresora, disfrazada de búsquedas radicales de la santidad, las visionarias, con intervenciones de los tribunales inquisitoriales que salvaguardaban la ortodoxia²⁰.

No podemos pensar que la cotidianidad de los conventos fuese el cielo en la tierra. Más bien, en aquel espacio cerrado, en el microcosmos de la clausura, se desarrollaron notables tensiones, en las cuales no estaban ausentes las presiones sociales externas. No faltó en los moralistas la consideración de la llamada «enfermedad de la tristeza», pudiendo ser traducida en la actualidad como la neurosis depresiva. Monjas que no se sentían felices con el horizonte que el destino les había deparado. A todo contribuía el mundo extraordinario de lo barroco y la dependencia de la autoridad del confesor de la que hablaba el jesuita Alonso de Andrade, cuando afirmaba que los penitentes y dirigidos no sabían dar un paso sin que el confesor se lo indicase:

Y, cuando sin culpa de la priora anduviere alguna mirando menudencias, o dijere las cosas encarecidas, es menester rígor con ellas y darles a entender su ceguedad para que no anden inquietas, que como vean que no les ha de aprovechar, sino que son entendidas, sosegarán; porque, no siendo cosas graves, siempre se han de favorecer las preladas, aunque las faltas se remedien; porque para la quietud de las súbditas sería gran cosa la simplicidad de la perfecta obediencia; porque podría tentar a algunas el demonio en parecerle lo entiende mejor que la prelada y andar siempre mirando cosas que importan poco, y a sí misma quince se hará mucho daño. Esto entenderá la discreción del prelado para dejarlas aprovechadas, aunque si son melancólicas habrá harto que hacer. A estas es menester no mostrar blandura, porque, si con algo piensan salir, jamás cesarán de inquietar ni se sosegarán; sino que entiendan siempre que han de ser castigadas y que para esto ha de favorecer a la prelada²¹.

Este era, pues, el escenario donde la religiosidad de la Pasión tenía su morada, encontrando en aquellos episodios de la muerte de Cristo, el auténtico sentido del discurrir de su existencia espiritual.

¹⁹ Serrano, 1903-1905.

²⁰ Kagan, 1991.

²¹ Teresa de Jesús, *Visita de Descalzas* 17, 2000, pp. 1139-1140.

2. Teresa de Jesús en contemplación de la Pasión

Las palabras de Teresa de Jesús serán esenciales para entender la reclamación de la dimensión espiritual de la mujer; pronunciadas, escritas y difundidas desde la fundadora de una comunidad de monjas orantes, comprometidas de esta manera con los retos de la Iglesia que tenían más próxima, la propia de la Monarquía católica de Felipe II. Sus juicios se muestran claros cuando afirma que las mujeres no están solamente en un plano de igualdad, sino de superioridad para el desarrollo de la vida espiritual con respecto a los hombres. Las letras de Teresa de Jesús son esenciales para entender, por ejemplo, lo que significaba una hija para una familia numerosa –la suya fue una excepción–. Por eso, narrando lo que a ella le habían contado de la existencia de Teresa Layz, la fundadora del convento de La Encarnación de Alba de Tormes, escribía en el *Libro de las Fundaciones*: «Cuántos padres se verán ir al infierno por haber tenido hijos, y cuántas madres, y también se verán en el cielo por medio de sus hijas»²². Muestra de esa dimensión espiritual privilegiada de las mujeres era la propia Virgen María, esclava de la palabra de Dios de quien se fiaba. Y apoyándose en ella y en la autoridad de su teología ejemplar, llamaba a los letrados –es decir a los especialistas– a entender algo de la humildad de la Madre de Dios.

Las palabras nacidas de la madre Teresa hacia los episodios y pasos de la Pasión se entienden desde esa petición que realiza a sus monjas de orar en amistad con Dios, tal y como va a repetir en las páginas de *Camino de Perfección*. Habló con rotundidad y esto le valió la censura de sus amigos –no la de la Inquisición pues ella nunca fue procesada por el tribunal–. Hasta hace poco –gracias al trabajo y mérito de Tomás Álvarez²³–, no se había podido descifrar lo que ella había escrito en su primera versión de estas páginas, en lo que conocemos como el códice de El Escorial. En la segunda versión, la conservada en el Carmelo vallisoletano –el códice de Valladolid–, ya lo había suprimido. Acusaciones dirigidas a los inquisidores, puestos a los pies de los caballos de quien es el «juez justo»:

Y no como los jueces del mundo, que, como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer, que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública –prepara desde la humildad la afirmación siguiente–; sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres²⁴.

²² Teresa de Jesús, *Fundaciones* 20, 3, p. 405.

²³ Álvarez, 1995.

²⁴ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Escorial) 4,1, 2000, 521-522.



Figura 2: Escaparate de la Oración del Huerto en el convento de la Concepción del Carmen de Valladolid.

Es pues, como ha indicado Teófanes Egído, un duro frente de «feminismo». Teresa de Jesús en sus obras –nunca entregadas a la imprenta en vida y editadas en parte por fray Luis de León en 1588– exige que se acabe el silencio femenino en la Iglesia. Desde una clausura, donde como mujer tenía más libertad que las casadas, manifestaba en *Camino de Perfección* su deseo de «dar voces y disputar, con ser la que soy, con los que dicen que no es menester oración mental»²⁵. En su sexta *Morada*, hablaba de aquella «pobre mariposilla, atada a tantas cadenas, que no te dejan volar como querrías; y ha gran envidia de

los que tienen libertad para dar voces publicando quién es este gran Dios de las caballerías²⁶. Desde esta, más que reivindicación de la reformadora carmelita, se entiende la oración de amistad que, con sus palabras, manifiesta hacia los misterios de la Pasión.

Cuando pienses en el Señor, o en su vida y Pasión, acuérdate de su mansísimo y hermoso rostro, que es grandísimo consuelo. Será como un recuerdo suave que cale en tu memoria. Podrá llegar a quedar tan esculpida en tu mente esta imagen gloriosísima, que jamás se borre de ella hasta que la veas adonde para sin fin la puedas gozar²⁷.

Antes de entrar en distintas consideraciones acerca de la espiritualidad de la Pasión en la propia de la monja reformadora, debemos indicar que nos encontramos ante un personaje, la madre Teresa de Jesús, con un desarrollo iconográfico amplísimo, temprano y duradero. Era muy sensible con la piedad popular y las imágenes que tanto se habían destacado en la sesión XXV del Concilio de Trento. Todo ello se encontraba dentro del contexto europeo de la Reforma, donde el protestantismo las rechazaba evitando también la meditación de los santos. Ese

²⁵ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Escorial) 22,2, 2000, p. 554.

²⁶ Teresa de Jesús, *Morada Sexta*, 6, capítulo 4º, 3, 2000, p. 911.

²⁷ Teresa de Jesús, *Morada Sexta* 6, capítulo 9º, 14, p. 964.

contrapeso frente a la herejía no era la única razón por la cual la monja reformadora era devota de las imágenes, sobre todo, cuando estas se referían a la Pasión. La imaginería, y los posteriores pasos procesionales, respondían a esa «especie de fibra interior», a «ese deseo de Dios hasta el aniquilamiento», como indica Santiago Sebastián²⁸. Las obras pictóricas y escultóricas respondían a un gran aparato escenográfico, provocando en el espectador ese contacto con el misterio que es la divinidad. La Compañía de Jesús –que tanta importancia tuvo en el consejo espiritual de la madre Teresa– fue esencial en la propuesta de un método de contemplación imaginativa de lugar, también conocido como «composición de lugar». No fue una invención de Ignacio de Loyola, sino que pudo haberla recibido de una de las obras más trascendentales para la configuración de la espiritualidad: la *Vita Christi* de Ludolfo de Sajonia, el Cartujano²⁹. Una obra que había sido traducida al castellano por el franciscano Ambrosio de Montesinos, a principios del siglo XVI, y de la que habló repetidamente Teresa de Jesús:

Tengá cuenta la priora –escribía en las *Constituciones*– con que haya buenos libros [en el convento], especial Cartujanos –la manera popular de referirse a esta obra–, Flos Sanctorum, Contemptus mundi, Oratorio de Religiosos, los de fray Luis de Granada –tan importante para la Pasión– y del padre fray Pedro de Alcántara, porque es en parte tan necesario este mantenimiento para el alma, como el comer para el cuerpo³⁰.

Uno de sus mayores éxitos se cifraba en la intuición de que la sensibilidad por la imagen se convertía en un método eficaz, en la fase previa a las meditaciones. Un deseo de disciplinar la imaginación que procedía de la tradición surgida con la «devotio moderna»:

Tenía este modo de oración, que, como no podía discurrir con el entendimiento, procuraba representar a Cristo dentro de mí; y hallábame mejor –a mi parecer– de las partes adonde le veía más solo. Parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada, me había de admitir a mí. De estas simplicidades tenía muchas; en especial, me hallaba muy bien en la oración del huerto; allí era mi acompañarle; pensaba en aquel sudor y aflicción que allí había tenido; si podía, deseaba limpiarle aquel tan penoso sudor; más acuérdomme que jamás osaba determinarme a hacerlo, como se me representaban mis pecados tan graves. Estábame allí lo más que me dejaban mis pensamientos con él, porque eran muchos los que me atormentaban. Muchos años, las más

²⁸ Sebastián, 1981, pp. 62 y ss.

²⁹ García de Castro, 2011, pp. 509-546; Sajonia, 2010.

³⁰ Teresa de Jesús, *Constituciones* 8, p. 1112.

noches, antes que me durmiese (cuando para dormir me encomendaba a Dios), siempre pensaba un poco en este paso de la oración del huerto, aun desde que no era monja, porque me dijeron se ganaban muchos perdones. Y tengo para mí que por aquí ganó muy mucho mi alma, porque comencé a tener oración sin saber qué era, y ya la costumbre tan ordinaria me hacía no dejar esto, como el no dejar de santiguarme para dormir³¹.

Por eso, no era suficiente confiarlo todo a lo mental en la meditación. Era menester dar un apoyo visual a través de cuadros o estampas. Francisco de Borja –uno de los dos únicos nombres que la madre Teresa mencionaba en el *Libro de la Vida*– insistía en este medio en sus *Meditaciones para todas las dominicas y ferias del año y para las principales festividades*, haciendo comparaciones muy domésticas y culinarias: «Porque el oficio que hace la imagen es como dar guisado el manjar que se ha de comer, de manera que no queda sino comerlo; y de otra manera andará el entendimiento discurriendo y trabajando de representar lo que se ha de meditar muy a su costa de su trabajo»³². Fue un contemporáneo de Borja, Jerónimo Nadal, el que ofreció estas imágenes en sus *Adnotaciones et meditationes in Evangelia*, cuyo primer tomo salió de las prensas de Amberes en 1553, para seguirle una segunda parte dos años más tarde, centro este de trabajo de importantes grabadores flamencos como fueron los hermanos Wierx. Una obra exitosa de la que se ofrecieron sucesivas ediciones hasta el siglo XVIII. Como ha puesto de manifiesto más recientemente Alfonso Rodríguez Gutiérrez de Ceballos³³, en estas páginas existía una unidad indisoluble entre la imagen y el texto asociado, lo que en el siglo XVI se convertía en una notable originalidad. Una «composición de lugar» como fase previa a una meditación posterior que debía ser entendida como medio para una vida de oración. Ceballos subraya que, con esta presencia de la imagen, los jesuitas llevaron a cabo una actualización del método óptico-intuitivo de oración personal que Ignacio de Loyola³⁴ había perfilado y que ya se hallaba presente en la mencionada «devotio moderna». No obstante, los de la Compañía vivieron controversias de la oración, incluso con intervenciones severas de visitantes y provinciales contra hombres de formación espiritual de los novicios, por los métodos presentados y defendidos de oración mental. Uno de ellos fue Baltasar Álvarez, director de Teresa de Jesús en Ávila y, después, morador en el colegio de Medina del Campo.

³¹ Teresa de Jesús, *Vida* 9, 4, pp. 50-51.

³² Borja, 1912, pp. 7 y ss.

³³ Rodríguez G. de Ceballos, 1974.

³⁴ García Mateo, 2015, pp. 29-38.



Figura 3: Teresa de Jesús se encuentra en su oratorio con el Cristo tan llagado. De la Vida de Santa Teresa de Collaert y Galle, 1613 (Convento de San José. Madres Carmelitas de Medina del Campo).

La madre Teresa hacía una llamada a la contemplación, desde la propia oración: «mire que le mira», en lo que insistía en *Camino de Perfección*:

Miradle en el huerto, o en la cruz, o cargado con ella, que aun no le dejen hartar de huelgo [...] si estáis con trabajos o triste, miradle en la columna lleno de dolores, todas sus carnes hechas pedazos por lo mucho que os ama, perseguido de unos, escupido de otros, negado de otros, sin amigos, ni nadie que vuelva por él, helado de frío, puesto en tanta soledad, que uno con otro os podéis consolar³⁵.

³⁵ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección*, 42,5, p. 591.

La mencionada sesión XXV tridentina había solicitado a los obispos que enseñasen diligentemente los misterios de la Redención a través de pinturas y otras imágenes:

De todas las imágenes sagradas se saca gran fruto, no sólo porque recuerdan a los fieles los beneficios y dones que Jesucristo les ha concedido, sino también porque se ponen a la vista del pueblo los milagros que Dios ha obrado por medio de los santos y los ejemplos saludables de sus vidas, a fin de que den gracias a Dios por ellos, conformen su vida y costumbres a imitación de las de los santos y se muevan a amar a Dios y a practicar la piedad³⁶.

No todo se encontraba en manos de la imagen y la visualización, sino que también se manifestaba en notables obras de la ascética y el pensamiento espiritual, además de las meditaciones con mucho peso en épocas posteriores –pensemos para la Pasión en las *Revelaciones de santa Brígida de Suecia*, de las que se sorprende la madre Teresa que un sacerdote indique que no se las cree³⁷–, pero con notables éxitos editoriales en los siglos de la modernidad. La reformadora carmelita había llegado hasta el alma contemplativa de estas escenas de la Pasión de Cristo a través de sus lecturas, entre ellas, las de autores que van a ser bien importantes en la elaboración de ese sustrato intelectual de los escultores de las cofradías. Uno de ellos fue el dominico fray Luis de Granada con su *Libro de oración y meditación* o la *Guía de pecadores*, además de la *Vita Christi*, cuyo libro IV se titulaba precisamente, *De la Pasión de Nuestro Señor*³⁸:

Para entendimientos concertados y almas que están ejercitadas y pueden estar consigo mismas hay tantos libros escritos y tan buenos y de personas tales, que sería yerro hicieseis caso de mi dicho en cosa de oración. Pues, como digo, tenéis libros tales adónde van por días de la semana repartidos los misterios de la vida del Señor y de su pasión, y meditaciones del juicio e infierno y nuestra nonada y lo mucho que debemos a Dios, con excelente doctrina y concierto para principio y fin de la oración, quien pudiere y tuviere ya costumbre de llevar este modo de oración, no hay que decir que por tan buen camino el Señor le sacará

³⁶ Trento, *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento*, p. 356.

³⁷ «Dígame vuestra reverencia qué cosa es este hombre y qué se puede fiar de él, que me contenta harto su entendimiento y gracia y romance. No sé si es algo de que es tan de vuestra reverencia. Ha venido acá algunas veces. Un día de la octava de Todos los Santos nos predica. No quiere confesar a nadie; mas –a mi parecer– gustaría de confesarme a mí, y lo que sospecho (según es enemigo de hacerlo) que es por curiosidad. Dice que es enemiguísimo de revelaciones, que aun las de santa Brígida dice que no cree», en Teresa de Jesús, «Carta de Teresa de Jesús al padre Jerónimo Gracián», Ávila 26 octubre 1581, *Carta* 395, 7, p. 1291.

³⁸ Granada, 1947, pp. 799-881.

a puerto de luz, y con tan buenos principios el fin lo será, y todos los que pudieren ir por él llevarán descanso y seguridad; porque, atado el entendimiento, vase con descanso³⁹.

Teresa de Jesús quizás no trató nunca directamente con el padre Luis de La Puente, discípulo en la Compañía de su confesor Baltasar Álvarez⁴⁰, aunque naturalmente este conoció ampliamente todo lo realizado por la reformadora y, en parte, lo plasmó en la *Vida* de su maestro –pensemos que La Puente había nacido en Valladolid en 1554–. Aquí nos interesa por la obra *Meditaciones de los Misterios de Nuestra Sancta Fe con la práctica de la oración mental sobre ellos*, cuya primera edición salió de la imprenta vallisoletana de Juan de Bustillo en 1605. La cuarta y quinta parte se encontraban dedicados a los misterios de la Pasión y Resurrección, apariciones y ascensión de Jesucristo respectivamente. Fue el material realizado, según el padre Diego de Sosa, para las prácticas de las *Meditaciones* que dirigió en 1598, a los estudiantes, coadjutores y lectores del colegio de la Compañía en Salamanca. Después, fueron elaboradas, escritas e impresas por La Puente cuando vivía en el colegio vallisoletano de San Ambrosio. Su éxito no solamente se debió a sus intenciones sino también a los medios que prestaba la infraestructura propia de la Compañía. Ésta contribuyó, sirviendo a la demanda, a las continuas reediciones y a su presencia en las librerías de conventos, monasterios, universidades y palacios. Sabemos de 315 ediciones hasta 1924, cuando se cumplió el III centenario de la muerte del padre La Puente⁴¹, además de las traducciones, algunas muy tempranas, en ámbitos hostiles al catolicismo como la Inglaterra de los Estuardo⁴². El autor confesaba que estas páginas nacían de la propia «semilla» de los *Ejercicios Espirituales* –aquellos que le habían dicho al padre Francisco Ribera que había hecho la madre Teresa⁴³–. Pretendía desarrollar una exposición objetiva de cada uno de los temas, sin recurrir únicamente a imaginaciones personales, lo que ha permiti-

³⁹ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (CV) 19,1, p. 710.

⁴⁰ «Mis hijas: éste es el castigo que nuestro Señor hace en la tierra, quitarnos los santos que hay en ella [se refería al padre Baltasar Álvarez]», en «Carta de Teresa de Jesús a las carmelitas descalzas de Malagón», Medina del Campo, ¿6 agosto? 1580, Cta 337, p. 1825.

⁴¹ La Puente, Luis de, *Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos celebrados en Valladolid desde el 23 al 30 de octubre de 1924, bajo la presidencia del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Remigio Gandásegui y Gorrochátegui, arzobispo de esta diócesis, con ocasión del Tercer Centenario de la preciosa muerte del insigne vallisoletano V. P. Luis de La Puente, SJ*, Valladolid, Imprenta de la Casa Social Católica, 1925.

⁴² La Puente, Luis de, *Meditations upon the Mysteries of our Holy Faith with the practise of mental praiet touching the same, componed in spanish by the R.F. Lxys de la Pvente, of the Societie of Iesvs, natiue of Valladolid and translated into English by F. Rich Gibbons of the same Societie*. Printed with priuiledge, 1610.

⁴³ Ribera, 1590, p. 77.



Figura 4: Manuscrito de Camino de Perfección en el convento de la Concepción del Carmen de Valladolid (foto: Ramón Gómez).

do resaltar a Camilo Abad⁴⁴ que las *Meditaciones* del padre La Puente poseían un carácter «marcadamente doctrinal e intelectual», mientras que, en otras obras de semejantes intenciones –la propia de fray Luis de Granada–, había predominado en mayor medida lo afectivo. No obstante, la obra de este jesuita se convirtió en una mina de materiales, no solamente para confesores y directores espirituales, sino también para los predicadores de la época⁴⁵.

En ese camino de la Pasión, se leía el libro, se escuchaba el sermón, se meditaba y contemplaba con imágenes. En las páginas de estos autores, unas veces limitadas al ámbito de lo conventual, otras entregadas a la publicación y, por tanto, a la difusión, los escultores encontraron el guión para plasmar en la madera y en otros materiales, todas esas experiencias espirituales. Meditación que como hemos dicho, conducía también a la compasión, a la imitación y a compartir los dolores del que sufrió por la salvación. La vida de la monja carmelita calzada santa María Magdalena de Pazzis así lo manifestaba: «Enamorada de la Pasión de Jesu

⁴⁴ Abad, 1954.

⁴⁵ Burrieza, 2003; 2007, pp. 119-122. No fue la única obra de Luis de La Puente, pues destaca también *De la perfección del cristiano en todos sus estados* (en tres volúmenes, 1612-1616), *Guía espiritual* (1609), *Directorio espiritual para la Confesión, Comunión y Sacrificio de la Misa* (1625).

Christo, no se hartaba jamás de meditar en ella»⁴⁶. Compasión que en la palabra predicada tenía que traducirse forzosamente en el movimiento a lágrimas de quienes le escuchaban activamente, aplicándose después a la vida de todos ellos.

* * *

Gregorio Fernández leía y meditaba y conocía los escritos ya publicados de la madre Teresa de Jesús, contribuyendo también al desarrollo de la iconografía de la carmelita⁴⁷ –beatificada en 1614 y canonizada en 1622, hace ahora cuatrocientos años–. Parecía el escultor gallego, afincado en Valladolid, recoger la invitación de la monja reformadora, en su espiritualidad y experiencia mística, a la contemplación de la humanidad de Cristo, Dios y hombre verdadero. «Es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía. Es muy fácil hallarle cabe sí. Siempre que pensemos en Cristo, es bien nos acordemos del amor con que nos hizo tantas mercedes, y cuán grande nos le mostró Dios en darnos tal prenda del que nos tiene: que amor saca amor»⁴⁸. Y todo ello se manifestaba en el paso –en la escena o momento, que es el concepto primitivo, y no tanto en su dimensión procesional– que más le conmovía a la madre Teresa: el de Cristo atado a la columna. Es verdad que fray Juan de la Cruz, en la *Subida al Monte Carmelo*, pedía que en el caso de las imágenes, «más al propio y vivo estén sacadas..., poniendo los ojos en esto más que en el valor y curiosidad de la hechura y su ornato». Sin embargo, en la mayoría de los Cristos flagelados de los que tenemos disposición, no existen estas controversias. Podemos poner los ejemplos del hermano Domingo Beltrán en el siglo XVI desde el colegio de la Compañía en Medina o de Gregorio Fernández, para las cofradías vallisoletanas o los conventos del Carmelo.

Desde este Cristo flagelado, Teresa de Jesús encontró caminos de conversión y nuevas prioridades en su vida espiritual:

Pues ya andaba mi alma cansada y –aunque quería– no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaecióme que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros.

⁴⁶ Lezana, Juan Bautista de, *Vida de la Prodigiosa y Extatica Virgen Santa María Magdalena de Pazzis, monja carmelita observante, traducida de lengua toscana en castellana por el M.R.P. Mtro. Fr. Juan Bautista de Lezana, carmelita, natural de Madrid y aora nuevamente dada a luz, a devoción del R.P. Fr. Antonio García, sacristán mayor en el Real Convento del Carmen Calzado de Madrid*, Madrid, imprenta Antonio Pérez de Soto, 1754.

⁴⁷ Pinilla, 2013.

⁴⁸ Teresa de Jesús, *Vida* 22, 10-14, 2000, pp. 138-141.



Figura 5: Cristo atado a la columna, Gregorio Fernández, 1615, en el convento de la Concepción del Carmen de Valladolid (foto: Ramón Gómez).

Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece que se partía, y arrójeme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle⁴⁹.

Y así, en el monasterio abulense de la Encarnación, se venera todavía una talla, calificada de «devota» por la Santa, un Ecce Homo policromado. Una «conversión» que se debió producir en la Cuaresma de 1554, cuando entonces doña Teresa de Ahumada contaba con 39 años. Probablemente, la imagen se encontraba en el oratorio que tenía la carmelita junto a su celda.

⁴⁹ Teresa de Jesús, *Vida* 9,1, pp. 49-50.

A este Cristo atado a la columna había que responder con humildad: «Verdaderamente, es de gran humildad verse condenar sin culpa y callar, y es gran imitación del Señor, que nos quitó todas las culpas. Y ansí os ruego mucho traigáis en esto gran estudio, porque trae consigo grandes ganancias»⁵⁰. Gregorio Fernández plasmó esa experiencia espiritual en la madera, como se puede contemplar en el convento abulense de Santa Teresa, edificado sobre la casa natal de la reformadora⁵¹. La misma predilección de la monja carmelita la demostró el maestro gallego por la representación de Cristo flagelado. Un azotado a la columna que fue tan recurrente en los conventos. En el de la Concepción del Carmen de Valladolid se conserva una inigualable imagen que representa este momento. Fue tallado hacia 1615, cuatro años antes del encargo realizado por la cofradía de la Vera Cruz al maestro escultor en su paso procesional del Azotamiento. Pudo ser encargado al propio Fernández por Diego de Sarmiento de Mendoza, noveno conde de Ribadavia, por su viuda Isabel Manrique o por el hermano del primero –ambos bisnietos de María de Mendoza, auténtica fundadora del Carmelo de Valladolid–, Pedro de Sarmiento, destacado coleccionista de obras de arte. A las monjas llegó muy tardíamente, a través de Isabel Rosa Sarmiento de Mendoza, marquesa de Camarasa, condesa de Ribadavia y patrona del convento como descendiente de los anteriores, la cual entregó en 1773, «cuando se la llevó Dios, una santa imagen de un Santo Eze Homo a la columna, muy devoto, que se colocó en el coro bajo, en un nicho, en el coro de la prelada»⁵². Fernández fue el que popularizó este tema, atado a una columna baja, de acuerdo a la reliquia conservada en la basílica de Santa Práxedes de Roma. No es la tipología compositiva del flagelado de Medina del Campo, alumbrado actualmente en las procesiones de la villa de las ferias y realizado por el hermano coadjutor, el mencionado jesuita Domingo Beltrán, para situarlo en uno de los retablos de la iglesia de la Compañía, actual parroquia de Santiago el Real.

Este último autor, sin embargo, desarrolló su trabajo y existencia entre 1535 y 1590, estableciendo en la composición una columna alta que supera la altura del propio Cristo. El «Flagelado» de los jesuitas de Medina se encuentra dotado de un magnífico movimiento; la cabeza al mismo tiempo que se levanta, realiza contrapeso, inclinándose hacia atrás; las piernas permanecen dobladas y con los brazos y las cuerdas afianzaba su abrazo a la columna. El propio paño de pureza refleja ese deseo de detener su desplome. Este escultor alavés, una vez formado en su oficio dentro de las estructuras gremiales, decidió su entrada en la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares. Contaba 25 años. «En casa –describía el padre José de Acosta ese momento para Medina–, ha entrado un hermano que en obra

⁵⁰ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Valladolid), 15,1, p. 696.

⁵¹ Martín González, 1980, p. 263.

⁵² Urrea, 2014, pp. 126-127.

de imaginería y talla es extremadamente diestro, el qual, ofreciéndole otros muy principal partido, dixo que más quería servir a la Compañía, que en otra parte usar de cualquier ventaja». Vivió seis años en Medina, refiriéndose el conocido pedagogo Juan Bonifacio –probable profesor de Juan de Yepes– en sus cartas a «nuestro escultor». Mencionaba las tres tallas que había realizado: una Virgen con el Niño, un Cristo Crucificado que conocemos como «el de la Agonía»⁵³ y este Flagelado. Fernando García Gutiérrez indica⁵⁴ que, en aquellas obras realizadas en Medina, se apreciaba el afán del clasicismo del hermano Beltrán⁵⁵.

Volviendo a Fernández, la posición adoptada desde la columna baja facilitaba una postura más dramática del azotado, favoreciendo la emoción generada en el espectador que contemplaba un paso procesional. «Quedando todo el cuerpo desnudo libre y desembarazado –podemos leer en el sermonario de Martín Peranza–, para que los látigos y rebenques diesen vueltas al cuerpo». A estos azotes de «Christo nuestro señor a la columna» dedicó Luis de La Puente su meditación trigésimo quinta:

Estando ya Cristo nuestro Señor desnudo en la columna, comenzaron los sayones á azotarle con extraordinaria crueldad. Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron tres diferentes que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos después de otros, es á saber unas varas verdes, llenas de espinas, y unos ramales tejidos de nervios de bueyes, con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y unas cadenillas de hierro que herían y penetraban hasta los huesos. Con estos azotes empezaron a descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales con la furia de los golpes, primero se encardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenían, después penetraban los azotes la misma carne, vertían arroyos de sangre que caían en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando é hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho hasta descubrir los huesos⁵⁶.

Fernández se empleó con intensidad en el realismo de las heridas, especialmente, en las llagas originadas por los flagelos, imagen también de aquellas que portaban los hermanos de sangre en las procesiones, los flagelantes antiguos de fray Vicente Ferrer. Azotados sobre los que se realizaba un destacado estudio

⁵³ Se sumó esta obra en 1955 a las procesiones de la cofradía penitencial de Nuestro Padre Jesús atado a la columna. Un crucificado vivo de los que no suelen abundar, pero que en la imaginería de aquellas centurias generaba devoción. Esto se tradujo en una sección con la que dispuso el «Cristo de la Agonía» hasta los años sesenta, compuesta por trabajadores de la empresa FESA (Ferroaleaciones Española S.A.)

⁵⁴ García Gutiérrez, 2001, vol. I, p. 405.

⁵⁵ El Cristo atado a la columna del Hermano Domingo Beltrán sale a las calles de Medina del Campo desde 1942, alumbrado por la cofradía de Nuestro Padre Atado a la columna.

⁵⁶ La Puente, Luis de, *Meditaciones de los Misterios de Nuestra Sancta Fe, con la práctica de la oración mental sobre ellos*, Meditación XXXV, «De los açotes de Christo nuestro señor a la columna», Valladolid, imprenta Juan de Bustillo, 1605.

anatómico, equilibrado, realista y dramático.

Cuando a la sobrina segunda de la madre Teresa de Jesús, María de Ocampo, la vinieron a proponer matrimonio en los locutorios de la Encarnación de Ávila y rechazó la propuesta, cuentan que poco tiempo después se le apareció Jesús atado a la columna, para agradecerla la limosna que había otorgado para la fundación de San José de Ávila. Todo tenía su explicación, pues ella se había venido a vivir con la prima de su padre Diego de Cepeda, doña Teresa de Ahumada, y en una conversación desarrollada por varias monjas en la celda de su tía, se planteó la posibilidad de llevar a cabo la reforma de la Orden. Para entonces, María de Ocampo ofreció mil ducados de su legítima⁵⁷, cantidad que no era nada desdeñable. Aquel hecho extraordinario –la presencia de Cristo y no tanto la del dinero–, que además fue narrado, la decidió para convertirse en monja descalza y lo hizo en San José, no en el grupo inicial pero casi de manera inmediata con el nombre de María Bautista –los votos religiosos los emitió el 21 de octubre de 1564–. Vivió en Medina del Campo, pero la fundadora del Carmelo de Valladolid, María de Mendoza, pidió a la reformadora carmelita que la trajese a la entonces villa del Pisuerga. Aquí fue priora por espacio de dieciséis años, monja de gran confianza que se carteo en numerosas ocasiones con la madre Teresa, muy preocupada por el avance y progreso del convento que dirigía.

* * *

En la contemplación del Misterio de llevar la Cruz a cuestras, inclinó el cuerpo, y acomodó los brazos, como si llevase sobre sus espaldas una pesada Cruz, y así anduvo por espacio de una hora por varias partes y lugares del Monasterio,



Figura 6: Santa Teresa de Jesús arrodillada ante Cristo atado a la columna en el convento de Santa Teresa de Ávila.

⁵⁷ Archivo Convento Carmelitas Valladolid, Petronila de San José, *Breve relación / Este Libro es de la Vidas de las Venerables Madres y hermanas Antiguas que conozieron a nuestra Madre Santa Teresa de Jesús por Petronila de San José (1632)*, Ms. M-23, p. 11r.

hasta que llegó al lugar que la representaba el Monte Calvario: donde llegando, y estando media hora de rodillas en acto de ofrecimiento á Dios, contemplando el que de sí mismo hizo Jesú Christo al Padre Eterno, dió manifestísimas señales de padecer la pena que padeció quando fue crucificado.

Así relataba el traductor carmelita, fray Juan Bautista de Lezana, el modo vivencial en que la monja carmelita italiana María Magdalena de Pazzis experimentaba los pasos de Cristo hacia el Calvario⁵⁸. «Miradle, cargado con la cruz –escribía en *Camino de Perfección* Teresa de Jesús–, que aún no le dejaban hartar de huelgo. Miraros ha él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vais vos con él a consolar y volváis la cabeza a mirarle»⁵⁹. Se había producido una multiplicación de las representaciones de Cristo con la cruz a cuestras entre los clientes y artistas que los satisfacían en el Barroco. Mientras que los pintores flamencos habían visto en esta escena una ascensión triunfante hacia el suplicio; en la reforma católica postridentina, el episodio adquirió mayor patetismo, desmenuzándose aquellas estaciones que habían nacido en épocas anteriores y que se habían ido multiplicando como ejercicio piadoso.

Tomad hijas, de aquella cruz –invita en *Camino de Perfección*–; no se os dé nada de que os atropellen los judíos, porque él no vaya con tanto trabajo; no hagáis caso de lo que os dijeren, haceos sordas a las murmuraciones, tropezando, cayendo con vuestro esposo, no os apartéis de la cruz, ni le dejéis. Mirad mucho el cansancio con que va y las ventajas que hace su trabajo a los que vos padecéis, por grandes que los queráis pintar y por mucho que los queráis sentir; saldréis consoladas de ellos, porque veréis son cosa de burla comparados con el Señor⁶⁰.

Este camino doloroso de ascenso hacia el Gólgota se institucionalizó como una devoción, dividida en escenas o estaciones, procedentes sin duda de la forma didáctica que era enseñar la Pasión a través del auto teatral. Estas estaciones fueron reconstruidas por místicos y autores como el Pseudo Buenaventura o santa Brígida. La composición de lugar, ese disciplinamiento imaginativo y el uso progresivo de las autoridades, de los escritores que antes parecían haberlo contemplado, convertía a estos autores en testigos privilegiados del suplicio. Estaciones representadas en las naves de los templos, para fijar el recorrido del Vía crucis o camino de la cruz, tan difundidos por las órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, tan presentes en los orígenes de las cofradías penitenciales. Una

⁵⁸ Lezana, 1754, p. 79.

⁵⁹ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Valladolid), 26,5, p. 738.

⁶⁰ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Valladolid), 26,7, p. 770.



Figura 7: Santa Teresa con la cruz a cuesta y con Cristo como Cirineo. Diego Díez Ferreras. Convento de Porta Coeli de Valladolid. Madres Dominicas.

devoción que, en su vivencia, exigía movimiento, subrayando los franciscanos las indulgencias y beneficios espirituales proporcionados por la peregrinación hasta la colina del Gólgota, enclavada en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén. Los predicadores –desde el italiano Leonardo de Porto Mauricio–, contribuyeron a la popularización de todo ello.

El camino del Calvario está en el lenguaje cotidiano de la madre Teresa: «¿Por qué hemos de querer tantos bienes y deleites y gloria para sin fin, todos a costa de el buen Jesús? ¿No lloraremos siquiera con las hijas de Jerusalén, ya que no le ayudemos a llevar la cruz con el Cirineo?»⁶¹. La escena del Cirineo ilustraba

⁶¹ Teresa de Jesús, *Vida* 27,13, p. 173.

otras palabras anteriores de Cristo: «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24 / Mc 8,34). La Puente parecía saberlo todo acerca de este personaje, subrayando desde el significado de su nombre –«Simón» quería decir «obediente»–, extranjero en tierra judía y, por tanto, peregrino y poco apegado a las cosas del mundo; y con la promesa de la gloria por haber cargado con la cruz. Así pues, obediencia, desapego del mundo y con los ojos puestos en la salvación: tres buenos requerimientos para el cristiano del siglo XVI-XVII⁶². Cristo se convierte en Cirineo de la madre Teresa. En realidad, además del Cristo atado a la columna y el encuentro con el Resucitado, Jesús camino del Calvario forma parte de esas tres escenas principales de la espiritualidad de Pasión entre la madre Teresa y Cristo, teniendo en cuenta que esta espiritualidad de la reformadora es eminentemente cristocéntrica.

La devoción multiplicó los «Cirineos» que auxiliaban a Cristo: podía ser la propia Iglesia, implicada en la salvación que recibía por esta muerte en cruz; y por supuesto, los fundadores, místicos y religiosos de las distintas órdenes que encargaban las obras. Así ocurre en un lienzo que se conserva en el monasterio de las monjas dominicas de Porta Coeli de Valladolid –perteneciente al patronato del marqués de Sieteiglesias, Rodrigo Calderón– y atribuido a Diego Díez Ferreras, el pintor de origen sevillano más insigne en la segunda mitad del siglo XVII. Si Cristo le sirve de ayuda para llevar la Cruz, ella –Teresa de Jesús– es la que se convierte en Nazareno y ambos, dentro de esa humanidad de Dios, mantienen un diálogo de miradas que excede lo físico, como ocurría con la intensa vida mística de la reformadora carmelita.

Manuel Arias Martínez se pregunta⁶³ si las representaciones de la madre Teresa con la cruz a cuestas no podían estar relacionadas con los padecimientos que habría de sufrir, no solamente en su proceso de conversión espiritual, sino sobre todo en el desarrollo de su reforma. Ese encuentro con el Nazareno se reproduce en la clásica escena de la Visión de la Storta de Ignacio de Loyola, cuando a las afueras de Roma⁶⁴ y en la soledad de la ermita, contempló a Cristo con la cruz a

⁶² La Puente, Luis de, *Meditaciones de los Misterios de Nuestra Sancta Fe, con la práctica de la oración mental sobre ellos*, Meditación XXXIX, Valladolid, imprenta Juan de Bustillo, 1605, pp. 238-239.

⁶³ Arias Martínez, 2014, pp. 84-85.

⁶⁴ «Aconteció en este camino [de Roma] –escribe Pedro de Ribadeneyra en su *Vida* del padre Ignacio–, que acercándose ya a la ciudad de Roma, entró á hazer oración en vn templo desierto y solo, que estaua algunas millas lexos de la ciudad. Estando en el mayor ardor de su feruorosa oración, allí fue como trocado su corazón, y los ojos de su alma fueron con vna resplandeciente luz tan esclarecidos, que claramente vio como Dios Padre, boluiéndose a su unigénito hijo que traía la cruz á cuestas, con grandísimo y entrañable amor le encomendaua á el, y a sus compañeros: y los entregaua en su poderosa diestra, para que en ella tuuiesen todo su patrocinio y amparo. Y auiéndolos el benignísimo Iesus acogido, se boluió a Ignacio así como estaua con la

cuestas, escuchando unas palabras que consideraría providenciales: «Ego vobis Romae propitius ero» –«Yo os seré propicio en Roma». En esta experiencia, el padre Ignacio creyó escuchar la voluntad de Dios de convertirle en un hombre de gobierno y en fundador en la ciudad de los Papas de la nueva Compañía de Jesús. «En la vida, todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen, si no se quieren perder; y ¡bienaventuradas cruces, que aun acá en la vida tan sobradamente se pagan!»⁶⁵. Con todo, Cristo no solamente ayuda a llevar la carga de la cruz a Teresa de Jesús, sino que también la bendice en su proyecto y en su tarea la está avalando.

Los contemplativos han de llevar levantada la bandera de la humildad –escribe en *Camino de Perfección*– y sufrir cuantos golpes les dieran sin dar ninguno; porque su oficio es padecer como Cristo, llevar en alto la cruz, no la dejar de las manos por peligros en que se vean, ni que vean en él flaqueza en padecer; para eso le dan honroso oficio⁶⁶.

Una carga pesada que se plasma también en la vida de obediencia. Lo relatará la madre Teresa en el *Libro de las Fundaciones*:

Acuérdome que me contó un religioso que había determinado y puesto muy por sí que en ninguna cosa le mandase el prelado que dijese que no, por trabajo que le diese. Y un día estaba hecho pedazos de trabajar, y ya tarde, que no se podía tener, e iba a descansar sentándose un poco, y topóle el prelado, y dájole que tomase el azadón y fuese a cavar a la huerta. Él calló, aunque bien afligido el natural, que no se podía valer. Tomó su azadón y, yendo a entrar por un tránsito, que había en la huerta (que yo vi muchos años después que él me lo había con-

Cruz, y con un blando y amoroso semblante le dize: «Ego vobis Romae propitius ero». «Yo os seré em Roma propicio y faorable». Marauillosa fue la consolación y el esfuerço con que quedó animado nuestro Padre desta duina reuelación. Acabada su oración, dize a Fabro y á Laynez: hermanos míos, que cosa disponga Dios de nosotros, yo no lo sé, si quiere que muramos en la cruz ó desconyuntados en una rueda ó de otra manera: más de vna cosa estoy cierto que de qualquier manera que ello sea, tendremos a Iesu Christo propicio y con esto les cuenta lo que auía visto, para más animarlos y aperebirlos para los trabajos que auían de padecer. De aquí es, que auiendo después nuestro Padre y sus compañeros determinado de instituir y fundar Religión, y tratando entre sí, del nombre que se le auía de poner, para representarla á su Santidad y suplicarle que la confirmasse, el Padre pidió a sus compañeros que le dexassen á el poner el nombre á su voluntad; y auidendoselo concedido todos con grande alegría, dixo el que se auía de llamar la Compañía de Iesus. Y esto porque con aquella marauillosa visión, y con otras muchas y excelentes ilustraciones, auía nuestro Señor impresso en su corazón este sacratíssimo nombre», Ribadeneyra, Pedro de, *Vida del P. Ignacio de Loyola, fundador de la religión de la Compañía de Iesus*, Madrid, por Pedro Madrigal, 1594, p. 77-78.

⁶⁵ Teresa de Jesús, *Vida*, 11,5, p. 61.

⁶⁶ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* 18,6, p. 739.

tado, que acerté a fundar en aquel lugar una casa), se le apareció nuestro Señor con la cruz a cuestas, tan cansado y fatigado, que le dio bien a entender que no era nada el que él tenía en aquella comparación⁶⁷.

En ningún pasaje del *Libro de la Vida*, refiere la madre Teresa de Jesús una visión semejante a la representada en este lienzo mencionado del monasterio valli-soletano de Porta Coeli, aunque, como hemos visto, las referencias a los trabajos de Cristo con la cruz son abundantes. Cuando narraba que el principal mal, dolencia o enfermedad de su padre era «un dolor grandísimo de espaldas que jamás se le quitaba», su hija le indicaba que «pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz a cuestas, que pensase su Majestad le quería dar a sentir algo de lo que había pasado con aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar»⁶⁸. En el caso de san Juan de la Cruz, es muy reproducido el «Milagro de Segovia», que es una aparición de Jesús Nazareno al fraile carmelita⁶⁹. Una conversación que se situaba en 1588, entre el místico y un cuadro devoto que se encontraba en el claustro del convento segoviano de los carmelitas, una vez que se había trasladado desde la nave de la iglesia. El Nazareno siempre aparece de medio cuerpo, con la cruz a cuestas y el carmelita arrodillado ante el cuadro. Gracias a las filacterias, sabemos el alcance del diálogo. Mientras que Jesús le pregunta: «Juan, qué quieres por lo que has hecho por mí»; el santo místico le responde: «Señor, padecer y ser menospreciado por vos». La escena principal ya fue plasmada en una estampa de Antoine Wierix de 1591, incluida en la primera edición de las obras de fray Juan de la Cruz, en Alcalá en 1618⁷⁰.

Con todo, la iconografía de Jesús Nazareno será una de las más extendidas en la Castilla de los siglos XVI y XVII, naciendo las cofradías bajo esta advocación, a veces vinculadas a conventos de los agustinos calzados. Así ocurrió en Valladolid en 1596. Con anterioridad, en el agustino de Nuestra Señora de Gracia de Medina –aquellos frailes que no gustaban del establecimiento de la madre Teresa– se constituyó una cofradía que en principio era asistencial y no penitencial, la de la Virgen de la Misericordia y San Nicolás Tolentino. Posteriormente, se sumó la advocación de Jesús Nazareno. Aunque mantuvo la atención hacia ciertos sectores marginados, las dos penitenciales de la Vera Cruz y Angustias no aceptaron su transformación a cofradía penitencial. Será un auto del Consejo de Castilla de febrero de 1620 el que confirmó la regla de esta, autorizando a la cofradía de la

⁶⁷ Teresa de Jesús, *Fundaciones*, 5,9, p. 332.

⁶⁸ Teresa de Jesús, *Vida* 7, 16, p. 40.

⁶⁹ Sánchez del Barrio, 2014, pp. 190-191.

⁷⁰ *Obras espirituales que encaminava a vna alma a la perfecta vnión con Dios por el venerable P. F. Iuan de la Cruz, primer Descalzo de la Reforma de N. Señora del Carmen...*, Alcalá, viuda de Andrés Sánchez Ezpeleta, 1618.

Misericordia a realizar procesión propia de los hermanos nazarenos en el amanecer del Viernes Santo de Medina. Era el momento en que lo hacían la mayoría de las penitenciales del Nazareno, entre las seis y siete de la mañana. Después, por la noche del Viernes Santo, realizaban la función del Desenclavo y la procesión del Santo Entierro de Cristo. Su imagen titular, sin embargo, no fue la magnífica talla medinense de «Nuestro Padre Jesús Nazareno»⁷¹, pues esta de vestir aunque realizada de cuerpo entero en madera, pertenecía a la penitencial de las Angustias. Contemporánea al proceso de santificación de la madre Teresa, se ha vinculado su autoría a Francisco del Rincón, el maestro que introdujo a Gregorio Fernández en Valladolid⁷².

* * *

El Despojo es una de las escenas más humillantes y dramáticas de la Pasión. Es el abandono que siente la humanidad de Cristo:

¿Pues cómo, Señor, es posible que os dejan sólo los ángeles, y que aún no os consuele vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por Vos? ¿de qué me quejo? Que ya he vergüenza de que os he visto tal, que quiero pasar, Señor, todos los trabajos que me vinieren y tenerlos por gran bien por imitaros en algo. Juntos andemos, Señor; por donde fuerdes tengo de ir, por donde pasardes, tengo de pasar⁷³.

Habitualmente, la escena se dibujaba de esta manera –y se plasmaba en los pasos procesionales–: Cristo era despojado violentamente de sus vestiduras por los sayones que le maltrataban. Uno de los soldados realizaba un pozo con una azada para ubicar la cruz. La túnica que después iba a ser sorteada se llevaba parte de esa piel pegada a la misma por las impregnaciones de la sangre. La escena evangélica no descende a los detalles, sino que se reduce al sorteo de las vestiduras por parte de los verdugos, prendas a las que tenían derecho los ejecutores. Los detalles del «Despojo» los aportaron escritos apócrifos y las meditaciones. Se trataba de una escena habitual y propicia para las sacristías de las iglesias, pues aquel era el lugar del revestimiento de las vestiduras sacerdotales. El Greco, por ejemplo, pintó el célebre «Expolio» y esta obra se ubicó en la sacristía de la

⁷¹ La nueva etapa de la cofradía de la Misericordia y Jesús Nazareno comenzó con la restauración de las procesiones en Medina del Campo, a partir de 1942. Su imagen titular será la mencionada de Francisco del Rincón, uniéndose un Nazareno mucho más pequeño que se venera en la ermita de San Roque y está realizado en papelón, el Crucificado de la Vera Cruz y el Cristo de la Paz de Juan Picardo. En la mañana de la Pascua de Resurrección, acompañan a la Virgen de la Alegría,

⁷² Arias Martínez, Hernández Redondo, Sánchez del Barrio, 1996, pp. 92-94.

⁷³ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Valladolid), 26,6, p. 738.

Catedral primada de Toledo. En las cofradías de la Pasión o de Jesús Nazareno, era habitual disponer de los pasos del «Despojo» o del «Redopelo». Según las condiciones para realizar el primitivo y desaparecido de Medina del Campo, sabemos su composición: un Cristo desnudo, con su paño de pureza; un sayón que le arrancaba las vestiduras –las cuales eran de tela natural–, otro sayón portaba una lanza, otro agujereaba la cruz para facilitar la entrada del clavo –la acción de barrenar–, y un cuarto mantenía en sus manos un azadón. Cristo en solitario y abandonado, incluso por los ángeles que escribía la madre Teresa, rodeado de sus verdugos, alguno de ellos de tez morena. Se trataba de significar el valor universal de la redención ante los pecados de los hombres de todas las razas.

* * *

La crucifixión es la escena central de la historia de la plástica cristiana, presente en los principales espacios sacros y, por tanto, más allá de los pasos procesionales.

Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco. Si su Majestad nos mostró el amor con tan espantables obras y tormentos, ¿cómo queréis contentarle con sólo palabras? ¿Sabéis que es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, señalados con su hierro, que es el de la cruz⁷⁴.

Ante el Crucificado no se trataba sólo de una dimensión afectiva, de una actitud lacrimógena. Despertaba los sentimientos de la compasión: «Él gusta mucho de que nos dolamos de sus penas»⁷⁵. Lo apuntaba en la sexta *Morada* aquella alma afligida que permanecía delante de un Crucifijo –la importancia de la imagen–, subrayándose a sí misma que «nunca había tenido qué dar a Dios, ni qué dejar por él»:

Díjole el mismo crucificado consolándola que él le daba todos los dolores y trabajos que había pasado en su pasión, que los tuviese por propios para ofrecer a su Padre. Quedó aquel alma tan consolada y tan rica, según de ella he entendido, que no se le puede olvidar, antes cada vez que se ve tan miserable, acordándosele, queda animada y consolada⁷⁶.

Las meditaciones también servían materiales para los sermones de las Siete Palabras, cada una de las cuales salieron de la boca del que estaba siendo ajus-

⁷⁴ Teresa de Jesús, *Morada Séptima*, capítulo 4, 9, p. 962.

⁷⁵ Teresa de Jesús, *Morada Sexta*, capítulo 7, 13, p. 921.

⁷⁶ Teresa de Jesús, *Morada Sexta*, capítulo 5, 6, pp. 907-908.

ticiado: «Aquellas siete palabras que tu rey David cantó en el arpa de la cruz», como escribía fray Luis de Granada⁷⁷. Poco a poco, la crucifixión se fue rodeando de testigos: la presencia de la Virgen María, san Juan –estableciendo ambos tres un diálogo–, además de María Magdalena, habitualmente derrumbada a los pies de la cruz.

Mas, ¡qué debía pasar la gloriosa Virgen y esa bendita santa [Santa María Magdalena] Qué de amenazas, que de malas palabras, y qué de encontrones y qué descomedidas! Pues, ¡con qué gente lo habían tan cortesana! Sí, lo eran del infierno, que eran ministros del demonio. Por cierto que debía ser terrible cosa lo que pasaron, sino que con otro dolor mayor, no sentirían el suyo⁷⁸.

Así, frente a los verdugos, y en contraposición a ellos, se encontraban estos familiares. La Madre siempre situada a la derecha, escuchaba las últimas palabras de Cristo, con las manos entrelazadas o con una mirada perdida en el suelo:

Y estando en la cruz –escribía en la *Meditación a los Cantares*–, que era ya pasando la muerte, no se queja. Cuando en la oración del Huerto iba a despertar a sus Apóstoles. Pues con más razón se quejara a su Madre y Señora nuestra cuando estaba al pie de la cruz y no dormida, sino padeciendo dura muerte, y siempre nos consuela más quejarnos a los que sabemos sienten nuestros trabajos y nos aman más⁷⁹.

San Juan imploraba hacia Jesús, habitualmente ya muerto. Los Evangelios, especialmente el que se encontraba a él atribuido, hablaban del «discípulo al que tanto amaba Cristo», el único de los doce que se hallaba en la escena de la ejecución, tras la dispersión del resto. La madre Teresa de Jesús mencionaba a esa «bendita santa» por la que sentía especial devoción, la Magdalena, que enjugaba con su melena la sangre que brotaba de las heridas de los clavos y de las llagas, mostrando menos serenidad en sus desmayos que la Virgen María. Con el tiempo, y desde el jansenismo de fuera de España, se creyó necesario eliminar la presencia de la que era identificada por pecadora.

Así pues, la vida perdida físicamente, pero ganada, de alguna manera resucitada. «¡Oh Señor mío y bien mío! ¿Cómo queréis que se desee vida tan miserable, si no es con la esperanza de perderla por Vos o gastarla muy de veras en vuestro servicio? Vivir sin Vos, no es otra cosa que morir muchas veces»⁸⁰. Sufrimiento

⁷⁷ Granada, 1947, pp. 849-860.

⁷⁸ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Valladolid), 26,8, pp. 738-739.

⁷⁹ Teresa de Jesús, *Meditaciones sobre los Cantares* 3,11, pp. 1064-1065.

⁸⁰ Teresa de Jesús, *Morada Tercera*, capítulo 1º, 2, p. 830.

de Dios en la cruz para la salvación, sin demostrar el hombre méritos para haber pasado Cristo por aquel cáliz de sufrimiento.

¡Oh, Señor mío! Cuando pienso por qué de maneras padecisteis y cómo por ninguna lo merecíades, no sé qué me diga de mí, ni dónde tuve el seso cuando no deseaba padecer, ni donde estoy cuando me disculpo. Dadme vos luz y haced que con verdad desee que todos me aborrezcan, pues tantas veces os he dejado a Vos, ¡amándome con tanta fidelidad⁸¹.

3. Conclusión: en la Resurrección, el encuentro

Ningún pasaje evangélico refiere el encuentro de Cristo Resucitado con su madre, aunque los jesuitas, en sus meditaciones de la Resurrección –con episodios más abundantes de esta culminación que los aportados por la imaginación–, situaban un primer tiempo en el cual la Virgen no solamente esperaba, sino que se encontraba con su Hijo, convertido hoy en el último instante procesional de la Semana Santa en Castilla. Fray Luis de Granada, después de haber meditado en ese soliloquio de dolor ante la soledad de María, consideraba justo que Cristo se revelase en primer lugar a su madre: «Acordaos, Señor, de vuestra Madre [...] Ella fue crucificada con Vos: justo es que también resucite con Vos»⁸². El jesuita Luis de La Palma descendía a los pensamientos de esa Virgen de la Soledad refugiada en la casa y cenáculo de Sión aquella noche del viernes de la cruz y el día del sábado⁸³. La Puente aseguraba con rotundidad que la primera visita y aparición que quiso hacer Cristo fue a su madre, un encuentro secreto que María no deseó revelar ni a los apóstoles o a las mujeres, protagonistas de los últimos episodios evangélicos y beneficiarios de las apariciones de Jesús Resucitado⁸⁴.

Aquellas visiones y experiencias místicas las sentía Teresa de Jesús espiritual y no físicamente. Ella misma lo decía. No faltó con motivo de la Resurrección –«me parece clarísimamente se sentó cabe mí nuestro Señor»–. Y hace una traslación de la escena de Tomás, el incrédulo: «Vesme aquí, hija, que yo soy; muestra tus manos; y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: mira mis llagas»⁸⁵. Situaba en ese momento, la confirmación de que una vez hubo resuci-

⁸¹ Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* (Valladolid), 15,5, p. 697.

⁸² Granada, 1947, p. 874.

⁸³ «La Virgen Nuestra Señora, recogida en su celda, llorando su soledad con maravillosa conformidad y paciencia y con cierta y segura esperanza de ver a su Hijo resucitado y glorioso», en La Palma, 1967, p. 329.

⁸⁴ La Puente, 1605, p. 351.

⁸⁵ Teresa de Jesús, *Cuentas de Conciencia* 13, 10-12, p. 989.



Figura 8: Encuentro de la Virgen María con Jesús Resucitado en la ermita de Santa Teresa de la huerta de la Concepción del Carmen de Valladolid (foto: Francisco Javier Ruiz Ramos).

tado, «había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran ansiedad, que la pena la tenía tan absorta y traspasada, que aún no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo [...] y que había estado mucho con ella, porque había sido menester, hasta consolarla»⁸⁶. Era una clara referencia al encuentro de la Resurrección pero también a los dolores sentidos por la madre, habiendo sido necesario estimular la compasión hacia María, que llevaba clavada su espada, de acuerdo a la profecía que Simeón la había realizado treinta años atrás, cuando fue presentado Jesús en el templo: «cuál debía ser el [traspasamiento] de la Virgen». Tanto dolor, le había costado remontar la pena. El encuentro con Teresa de Jesús, en el matrimonio místico, ocurrirá precisamente con Cristo, «con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas y él tendría cuidado de las suyas, y otras

⁸⁶ Teresa de Jesús, *Cuentas de Conciencia* 13, 12, p. 989.

palabras que son más para sentir que para decir»⁸⁷. Era la culminación de la meditación, fijada en la imagen, traducida en la oración:

Esto me dijo el Señor: ¿Piensas, hija, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar. Ves mi vida toda llena de padecer y sólo en el monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses cuando veas a mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento. Desde que le dijo Simeón aquellas palabras le dio mi Padre clara luz para que viese lo que yo había de padecer. Cree hija, que a quien mi Padre más ama, da mayores trabajos, y a éstos responde el amor. ¿En qué te le puedo más mostrar que querer para ti lo que quise para Mí?⁸⁸.

Bibliografía

- Abad, Camilo María, *El Venerable Padre Luis de La Puente de la Compañía de Jesús: sus libros y su doctrina espiritual*, Comillas, Universidad Pontificia, 1954.
- Abad, Camilo María, *Una misionera española en la Inglaterra del siglo XVII: Doña Luisa de Carvajal y Mendoza (1566-1614)*, Santander, 1966.
- Álvarez, Tomás, *Paso a paso, leyendo con Teresa su Camino de Perfección*, Burgos, Monte Carmelo, 1995.
- Arbiol, Antonio de, *La religiosa instruida para todas las operaciones de su vida regular, desde que recibe el hábito santo hasta la hora de su muerte*, Madrid, 1791 (1.ª ed. 1717).
- Arias Martínez, Manuel, «Santa Teresa ayudada por Cristo a llevar la cruz», en *Teresa de Jesús y Valladolid*, Valladolid, Ayuntamiento, 2014, pp. 84-85.
- Arias Martínez, Manuel, José Ignacio Hernández Redondo, y Antonio Sánchez del Barrio, *Semana Santa en Medina del Campo, Junta de Semana Santa de Medina del Campo*, 1996.
- Arias Martínez, Manuel; José Ignacio Hernández Redondo, y Antonio Sánchez del Barrio, *Clausuras. El Patrimonio de los conventos de la Provincia de Valladolid. I. Medina del Campo*, Valladolid, Diputación Provincial, 1999.
- Atienza, Ángela, *Tiempos de conventos. Una historia social de las fundaciones en la España moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2008.
- Ávila, Julián de, *Recuerdos de la Vida y Fundaciones de la Madre Teresa de Jesús*, edición Manuel Diego Sánchez, Madrid, Editorial Espiritualidad, 2013.
- Bennassar, Bartolomé, *La España del Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 2001.
- Borja, Francisco de, *Meditaciones para todas las dominicas y ferias del año y para las principales festividades*, Madrid, 1912.

⁸⁷ Teresa de Jesús, *Morada Séptima*, 2,1, p. 948.

⁸⁸ Teresa de Jesús, *Cuentas de Conciencia*, 26, 1, pp. 996-997.

- Burrieza Sánchez, Javier, *Los Milagros de la Corte: Marina de Escobar y Luisa de Carvajal en la Historia de Valladolid*, Valladolid, Real Colegio de Ingleses, 2002.
- Burrieza Sánchez, Javier, *El poder de la enseñanza y el sermón: presencia de la Compañía de Jesús en el ámbito geográfico de Valladolid (1545-1767)*, Tesis doctoral, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2003.
- Burrieza Sánchez, Javier, «La percepción jesuítica de la mujer (siglos XVI-XVIII)», *Investigaciones Históricas*, 2005, pp. 85-116.
- Burrieza Sánchez, Javier, *Valladolid, tierras y caminos de jesuitas. Presencia de la Compañía de Jesús en la provincia de Valladolid, 1545-1767*, Valladolid, Diputación Provincial, 2007.
- Calatayud, Pedro de, *Methodo practico y doctrinal, dispuesto en forma de Cathecismo por preguntas y respuestas, para la Instrucción de las Religiosas en las obligaciones de su Estado, y en el camino de perfeccion, y para que sus Confesores puedan con mas expedición, practica y alivio entender, y gobernar sus conciencias*. Valladolid, imprenta de la Congregación de la Buena Muerte, 1749.
- Carvajal y Mendoza, Luisa de, *Epistolario y Poesías*. Colección formada por Jesús González Marañón, ed. Camilo M^a Abad, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 179, 1965.
- Crónica Oficial de la Semana y Congreso Ascéticos celebrados en Valladolid desde el 23 al 30 de octubre de 1924, bajo la presidencia del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Remigio Gandásegui y Gorrochátegui, arzobispo de esta diócesis, con ocasión del Tercer Centenario de la preciosa muerte del insigne vallisoletano V. P. Luis de La Puente, SJ*, Valladolid, Imprenta de la Casa Social Católica, 1925.
- Cruz, Anne J., «Luisa de Carvajal y Mendoza y su conexión jesuita», *La mujer y su representación en las literaturas hispánicas*, Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Irvine, 24-29 de agosto de 1992, Irvine, 1994, Ed. Juan Villegas Morales, vol. II., pp. 97-104.
- Egido López, Teófanos, «La religiosidad colectiva de los vallisoletanos», en *Valladolid en el siglo XVIII – Historia de Valladolid V*. Valladolid, Ateneo de Valladolid, 1984, pp. 165-169.
- García de Castro Valdés, José, «La Vita Christi de Ludolfo de Sajonia (†1377) e Ignacio de Loyola (†1556). A propósito de un gran libro», *Estudios Eclesiásticos*, vol. 86.338, 2011, pp. 509-546.
- García Gutiérrez, Fernando, «Beltrán Domingo», en *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid-Roma, Universidad Pontificia de Comillas-Institutum Historicum Societatis Iesu, vol. I, p. 405.
- García Mateo, Rogelio, «Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús, afinidades místico-teológicas», *Manresa*, 87, 2015, pp. 29-38
- García Mercadal, José (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999, vol. II, pp. 687-759.
- García Oro, José, «La vida monástica femenina en la España de Santa Teresa», en *Actas del Congreso Internacional teresiano*, Salamanca, 1982, vol. I, pp. 331-350.
- Granada, Fray Luis de, OP, *Obra selecta. Una suma de la vida cristiana: Vita Christi*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1947, pp. 799-881.

- Kagan, Richard, *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo XVI*, San Sebastián, Editorial Nerea, 1991.
- Juan de la Cruz, *Obras espirituales que encaminava a vna alma a la perfecta unión con Dios por el venerable P. F. Ioan de la Cruz, primer Descalzo de la Reforma de N. Señora del Carmen...*, Alcalá, viuda de Andrés Sánchez Ezpeleta, 1618.
- La Palma, Luis de, *Obras del Padre Luis de La Palma*, Introducción, estudio y notas de Francisco X. Rodríguez Molero, Madrid, Biblioteca Autores Cristianos, 1967, pp. 95-333.
- La Puente, Luis de, *Meditaciones de los Misterios de Nuestra Sancta Fe, con la práctica de la oración mental sobre ellos*, Valladolid, imprenta Juan de Bostillo, 1605.
- La Puente, Luis de, *Meditations vppon the Mysteries of our Holy Faith with the practise of mental praier touching the same, componed in spanish by the R.F. Lvsy de la Pvente, of the Societie of Iesvs, natiue of Valladolid and translated into English by F. Rich Gibbons of the same Societie*, Printed with priuiledge, 1610.
- Lezana, Juan Bautista de, *Vida de la Prodigiosa y Extática Virgen Santa María Magdalena de Pazzis, monja carmelita observante, traducida de lengua toscana en castellana por el M.R.P. Mtro. Fr. Juan Bautista de Lezana, carmelita, natural de Madrid y aora nuevamente dada a luz, a devoción del R.P. Fr. Antonio García, sacristán mayor en el Real Convento del Carmen Calzado de Madrid*, Madrid, imprenta Antonio Pérez de Soto, 1754.
- Marcos Martín, Alberto, *Auge y declive de un núcleo mercantil y financiero de Castilla la Vieja. Evolución demográfica de Medina del Campo durante los siglos XVI y XVII*, Valladolid, Universidad, 1978.
- Marcos Martín, Alberto, «San Juan de la Cruz y su ambiente de pobreza», *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, Ávila, 1991, vol. II, pp. 143-184.
- Martín González, Juan José, *El escultor Gregorio Fernández*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1980.
- Morand, Frédérique, «El papel de las monjas en la sociedad española del setecientos», *Cuadernos de Historia Moderna*, 29, 2004, pp. 45-64.
- Pinheiro da Veiga, Tomé, *Fastiginia. Vida cotidiana en la Corte de Valladolid*, Valladolid, Fundación Municipal de Cultura/Ámbito Ediciones, 1989.
- Pinilla Martín, María José, *Iconografía de Santa Teresa de Jesús*, Tesis doctoral de la Universidad de Valladolid, 2013.
- Pons, Francisco, *Místicos, beatas y alumbrados. Ribera y la espiritualidad franciscana del siglo XVII*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1991.
- Pons, Francisco, «Monjas y beatas. Mujeres en la espiritualidad valenciana de los siglos XVI y XVII», en Emilio Callado Estela (coord.), *Valencianos en la Historia de la Iglesia II*, Valencia, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 2008, pp. 187-274.
- Redworth, Glyn, *The She-Apostle. The Extraordinary Life and Death of Luisa de Carvajal*, New York, Oxford University Press, 2008.
- Ribadeneyra, Pedro de, *Vida del P. Ignacio de Loyola, fundador de la religión de la Compañía de Jesus*, Madrid, por Pedro Madrigal, 1594.

- Ribera, Francisco, *La vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las descalzas y descalzos carmelitas*, Salamanca, 1590.
- Rodríguez G. de Ceballos, Alfonso, *Las imágenes de la Historia Evangelica del P. Jerónimo Nadal en el marco del jesuitismo y la Contrarreforma*, Valencia, s.n., 1974.
- Rodríguez G. de Ceballos, Alfonso, Prólogo a la edición facsímil de Jerónimo Nadal, *Adnotationes et meditationes in Evangelia*, Barcelona, El Abrir, 1975.
- Sajonia, Ludolpho de, *La Vida de Cristo*, Introducción y notas de Emilio del Río, SJ, Monumenta Historica Societatis Iesu, Nova series, Institutum Historicum Societatis Iesu/Universidad Pontificia de Comillas, Roma/Madrid, 2010, 2 vols.
- Sánchez del Barrio, Antonio, «El Milagro de Segovia. Aparición de Jesús Nazareno a San Juan de la Cruz», en *Exposición El Encuentro*, Medina del Campo, Diputación Provincial, 2014, pp. 190-191.
- Sánchez Dávila, Tomás de Jesús, y Diego de Yepes, *Vida, virtudes y milagros de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús (1606)*, Madrid, Editorial Espiritualidad, 2015.
- Sánchez Hernández, María Leticia, «Monjas contemplativas, un modelo radical de ser mujer», *Pastoral Misionera*, 178-179, 1992.
- Sánchez Hernández, María Leticia, *Patronato Regio y órdenes religiosas femeninas en el Madrid de los Austrias: Descalzas Reales, Encarnación y Santa Isabel*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1997.
- Sánchez Hernández, María Leticia, *La clausura femenina en España. Actas del Simposium (I y II)*, San Lorenzo de El Escorial, Estudios Superiores del Escorial, 2004.
- Sánchez Lora, María Leticia, *Mujeres, conventos y formas de la Religiosidad barroca*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1988.
- Sebastián, Santiago, *Contrarreforma y barroco, lecturas iconográficas e iconológicas*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.
- Serrano Sanz, Manuel *Apuntes para una biblioteca de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833*, Madrid, Establecimiento tip. Sucesores de Rivadeneyra, 1903-1905, 2 vols.
- Teresa de Jesús, *Obras completas*, dirigidas por Alberto Barrientos, Madrid, Editorial Espiritualidad, 2000.
- Trento, Concilio de, *El Sacrosanto y Ecuménico Concilio de Trento, traducido al idioma castellano por Ignacio López de Ayala, agrégase el texto latino corregido según la edición auténtica de Roma, publicada en 1564*, Madrid, imprenta que fue de García, 1819: «Decreto de reforma de los religiosos y monjas», pp. 358-382.
- Urrea Fernández, Jesús, «Cristo atado a la columna», en *Teresa de Jesús y Valladolid*, Valladolid, Ayuntamiento, 2014, pp. 126-127.
- Villafañe, Juan de, *Idea de perfección, propuesta al mundo para su imitación y desengaño, en el exemplar de la prodigiosa vida, virtudes y milagros de la venerable Petronila de San Lorenzo, religiosa agustina recoleta del convento de Nuestra Señora de la Expectación de la ciudad de Palencia*, Valladolid, imprenta de Francisco García Onorato y San Miguel, 1721.

